

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre... ..	27
Semestre... ..	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso VIII el Niño, ó el de las Navas, por D. Julian Castellanos (conclusion).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuacion).—Revista de modas: correo de señoritas, por doña Joaquina Carnicero.—Explicacion del figurin que se reparte con este número á los suscritores.—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—Suscripcion para socorrer las desgracias ocurridas por la inundacion de Valencia.—La Pastora del Guadiela, novela original de la señora doña Faustina Saez de Melgar: pliego 65, que se reparte tambien con este número á los suscritores.—Seccion de avisos y anuncios.—Seccion de noticias.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO VIII EL NIÑO, Ó EL DE LAS NAVAS.

(Conclusion) (1).

El alcance se siguió hasta cerrar la noche, y como una orden del Rey de Castilla prohibiese el hacer cautivos, la matanza fue tan terrible, que el campo

se llenó de tal manera de cadáveres, que los vencedores no podian transitar sino con sumo trabajo.

La victoria fue una de las mas grandes y trascendentales que se consiguieron durante el largo periodo de la reconquista, tanto porque murieron en ella doscientos mil enemigos, segun afirman algunos escritores contemporáneos, y por el inmenso botin que en ella se recogió, cuanto porque tan enorme revés desalentó completamente á los hijos del Desierto, que, envalentonados con los anteriores triunfos, acariciaban en su mente la idea de volver á posesionarse de toda la Península.

El descalabro sufrido en Alarcos por falta de prudencia, fue vengado con creces en esta jornada, que se conoce entre nosotros con el nombre de *la batalla de las Navas*, como una de las páginas mas gloriosas de nuestra historia, y que la recuerdan con terror los árabes, como uno de los dias mas aciagos y tristes, bajo la denominacion de *la derrota de Alacab* (colina).

En conmemoracion de tan gran triunfo, el Rey de Navarra añadió al escudo bermejo de sus armas una esmeralda y cadenas de oro atravesadas en campo de sangre, y por indicacion del Arzobispo D. Rodrigo

(1) Véase el número anterior.

instituyeron la fiesta del Triunfo de la Santa Cruz, que se celebra aun en el espresado dia, siendo costumbre, hasta hace muy pocos años, colgar para mas solemnidad en la nave mayor del templo primado de Toledo las banderas y estandartes cogidos á los moros en aquella jornada, los cuales donó á la Santa Iglesia el Rey D. Alfonso.

Ademas de esto, el cabildo, para perpetuar la memoria de tan insigne triunfo, hizo erigir, en uno de los pilares del lado del Evangelio de la capilla mayor, las estatuas del Rey D. Alfonso y del pastor de las Navas, en donde existen todavía.

VI.

Tres dias despues de conseguida la anterior victoria, los estandartes de la Cruz eran elevados sobre las robustas torres de los castillos de Ferral, Vilches, Baños y Tolosa.

La plaza de Baeza fue tomada sin oposicion, y Úbeda, defendida por 40,000 combatientes, despues de resistir con un teson heroico los asaltos de los cruzados, dobló tambien armada la rodilla al poder castellano, merced al singular arrojó de un soldado aragonés del tercio de Lope Ferrene de Luna, llamado Juan de Mallen.

Los rigores de la canícula empezaron á producir enfermedades en la hueste, y esta fue la causa de la terminacion de tan gloriosa campaña.

Los monarcas aliados partieron á sus respectivos dominios á solazarse con las delicias de la paz: no así D. Alfonso, que apenas estinguido el alborozo con que por su triunfo le recibió Toledo, tuvo que fijar su atencion en poner remedio á los males que, aprovechando su ausencia, hizo en sus Estados el monarca leonés, apoderándose de las plazas que le llevara en dote doña Berenguela, y que habian sido devueltas con justicia al castellano al declararse por Su Santidad el Pontífice Inocencio III nulo aquel matrimonio, á causa del parentesco que en grado prohibido enlazaba á los contrayentes.

Bien podia el Rey de Castilla, disponiendo de una hueste aguerrida y entusiasta, hacer pagar caro al de Leon su osadía; pero el generoso vencedor de las Navas prefirió convidarle con la paz, que fue firmada en Valladolid.

La tranquilidad sonrió entonces por completo en Castilla; pero su fogoso soberano, que opinaba por no deponer las armas en tanto que el pendon de la Media Luna ondease en algun punto de la Península, se puso de nuevo en campaña, y seguido de su hueste se apoderó de Dueñas, Alcañiz y otras varias plazas, tornando á sus dominios cargado de despojos y coronado de nuevo con los laureles del triunfo.

Este año, que era el de 1213, fue, si bien harto feliz por las victorias conseguidas contra los infieles, terrible y asolador hasta lo sumo á causa de las calamidades que afigieron á Castilla, llegando á tal extremo el hambre en muchas poblaciones, que sus habitantes, despues de alimentarse con la carne de los animales mas inmundos, llegaron, segun dicen los anales toledanos, á comerse *los moros que podian furtar*, sin que la caridad evangélica del Arzobispo D. Rodrigo, que repartió la mayor parte de sus bienes á los pobres, y la prodigiosa liberalidad del Rey, fueran suficientes á combatir aquella crisis terrible.

Pero estas calamidades que afigian á Castilla, dejando muchos de sus pueblos sin habitante alguno, no fueron suficiente obstáculo para refrenar el ardor bélico de su monarca; antes bien le sirvieron sin duda de estímulo, pues poniéndose de acuerdo con el de Leon, vemos á los dos Reyes empuñar de nuevo las armas y correr las tierras infieles causando graves daños.

Pero la fortuna no fue tan favorable en esta ocasion al castellano como lo habia sido en las anteriores, pues cercando con su hueste la plaza de Baeza, repoblada y fortalecida de nuevo por los árabes, tuvo por falta de alimentos que asentar una tregua, y levantando el sitio volverse á Castilla á principios del año de 1214.

Esta fue su última campaña, pues cuando el noble castellano acudia á Plasencia con objeto de arreglar con el portugués las diferencias que entre ambos existian, al llegar á Gutierrez Muñoz, aldea situada á dos leguas de Arévalo, en la provincia de Ávila, le acometió una fiebre maligna, que puso fin á su gloriosa existencia el dia 6 de octubre del citado año 1214, á los cincuenta y siete años de edad y casi cincuenta y cinco de reinado.

Su cuerpo, conducido á Búrgos, recibió sepultura

en el monasterio de las Huelgas, una de sus más célebres fundaciones.

JULIAN CASTELLANOS.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

Desde aquel momento no sé casi lo que sucedió. Todos nos lanzamos á la escalera, y á la dudosa claridad del farolillo que la alumbraba, vi que el malvado amartillaba una pistola y me seguía muy de cerca. El tiro salió, resbalando la bala en mi cabeza, sin profundizar, pero dejándome caer al suelo sin sentido. Cuando volví, me encontré solo. Creyéndome muerto, habían huido. Comprendí mi situación, como si un relámpago iluminara mi ser, y me lancé en precipitada fuga antes que la justicia viniese á preguntarme causas que me era imposible declarar. No creas que la herida es lo que me ha tenido á punto de morir, es el despecho que tuve de no haber castigado un crimen, de no haber defendido mejor á una mujer angelical y pura.

—Dios protege á los buenos, Guzman, y da un horrible castigo á los malos. Ya sabes que posees todos mis secretos. Pues bien, escucha las últimas palabras de ese desgraciado, y las agonías con que él y su cómplice lucharon para morir. Es una carta que un capitán inglés entregó á mi hermana, en presencia del frío cadáver de ese desventurado. Está escrita con lápiz, por una mano convulsa.

«¡Perdon, Arturo! ¡Tu esposa era mi amante! Ambos morimos de hambre y desesperación. Nuestro fin ha sido como nuestra existencia! La mitad de mis bienes para los pobres, y la otra mitad para sufragios por mi alma y la de Guzman, á quien maté por defender el honor de una mujer santa. ¡Perdon! Soy un malvado, y Dios me castiga!...»

—Ya lo ves, no pudo continuar: aquí ya vacilaba su mano en la agonía, y apenas pudo firmar este documento, esta propia acusación, este final de una vida emprendida desde un camino horroroso.

—Su perverso fin no compensa los males que supo causar durante su existencia.

—Los buenos deben sufrir, y en su día perdonar los males que recibieron.

—¡Pero ella se fue! ¡Ella, que podía hoy hacer tu felicidad, ahora que eres libre, que serías su esclavo, y que la ofrecerías una dicha eterna!

—La dicha se perdió en nuestros primeros años. Lo que huye, no vuelve jamás. Las flores han perdido su aroma desde entonces, el cielo su color, los campos sus verdores y el sol su brillo. Somos dos plantas muertas que no resucitarán ya. Entre esa mujer y yo ha habido siempre un volcán, y al propio tiempo una roca de hielo. Un amor sin límites y una separación eterna. Ha sido la estrella de mi destino á la vez que mi opaca luz de agonía. ¡Créeme, Guzman! Cásate con Matilde; esa criatura hechicera te ama, te ama con locura; es la media naranja de tu vida. Si la dejas pasar por tu camino, ireis rodando los dos de roca en roca, de torrente en torrente, de precipicio en precipicio, y jamás os encontrareis sino para conocer que la felicidad solo una vez nos sonríe, y castiga luego el desden con que miramos su sonrisa.

—¡Pero...! ¡podré yo amarla después de tener mi corazón ciego con otra imagen?... ¡Perdona, Arturo, perdona!... ¡He sufrido mucho por ella, y...!

—¡Perdon!... Pues qué, ¿se la puede conocer sin amarla? Pero no es ella la mujer de tu destino: es otro ángel que te hará feliz.

—¡Si un día puedo!...

—¡No sabes lo que sufre por tí! Ella sola, esa grande alma, ese corazón de niña, esa criatura angelical, ha estado á punto de morir creyéndose muerta. Solo la noticia de que vivías pudo reanimarla. ¡Y luego se quejan los hombres de que no son amados! ¡Y luego las escarnecen y las culpan de ingratitud! ¿Dónde está la abnegación sino en el alma de la mujer? ¡Lo creerás, Guzman? Pues bien; voy á revelarte un secreto, para que conozcas que todas las nobles pasiones, llevadas hasta el heroísmo, se encierran en esa bella mitad del género humano. El día antes de la partida de Julia, Matilde la pidió una entrevista, y la dijo: «Guzman os ama, señora; creo que esa herida es un malogrado intento de suicidio desesperado de vuestro desamor. ¡Le conozco, y sé que jamás os declarará su pasión; pero yo le he sorprendido, y secretamente demando piedad para él!»

—¡Tanto le amais? contestó Julia.

—¿Qué decís?

—Que solo un ángel como vos ama de ese modo.

—¡Silencio por Dios, silencio! Ni á mí misma me lo reveleis.

—Pero ¿no me he equivocado?

(1) Véase nuestro número anterior.

—Yo solo quiero que sea feliz. ¡Está bien!

—¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo.

—Dejad que bese vuestras manos, señora!

—¿Verdad que sería ese hombre muy cruel si conociéndoo desgarrase vuestro corazón?

—¡Por eso jamás lo conocerá!

—¿Y qué diríais, pobre niña, si hubiéseis conocido á un hombre á quien yo amé con esa locura, y que dejó pasar mi cariño con la indiferencia que vemos volar el ave que ya cruzando el espacio?

—¡Oh, ese hombre sería muy cruel!

—Así suelen ser todos ellos.

—¿Conque vos habeis amado? ¿Conque teneis corazón?

—¿Lo dudábais?

—Lo duda todo el mundo. Por eso vengo á implorar piedad para él.

—¿Sois una mujer sublime!

—No, sino una mujer amante.

—Será feliz: os lo juro.

—Vuestra revelacion me hace creer que eso es un imposible.

—¿Por qué causa?

—Porque habeis amado una vez, y las grandes almas mueren al morir su primer amor.

—Es que Guzman será feliz, porque llegará á amaros.

—¿Amarme á mí!

—¿Quién duda que se ama á los ángeles?

—¡No! ¡No! Ni yo soy ángel, ni él ha reparado jamás en esta pobre mujer.

—Os equivocais: yo sé que os ama.

—Sois muy buena, señora, y quereis esquivar mi proposicion sin martirizarme para ello.

—Mañana parto de España, contestó Julia, enjugando sus arrasados ojos. Si dentro de un año ese hombre no ha podido olvidarme, os prometo desengañaros de su error, y que conozca que yo no puedo amar nunca; pero no será necesario que nos entendamos de ese modo, porque él me olvidará antes; lo vereis.

—Pero.... ¿Le vais á matar con vuestra ausencia, señora! ¡y ahora!... ¡ahora que sufre, que está enfermo, que necesita un halago, una ilusion para vivir!... ¡Oh, no sereis tan cruel!...

—Os prometo que no sufrirá.

—¡Adios, Julia!

—¡Adios, Matilde!

—¡Ah! ¿Sois mi amiga?

—¿No veis que no le amo?

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí! Pero yo lo soy vuestra, y...

—¿Es verdad! Mas no creais existen muchos seres

con vuestra abnegacion y virtud. ¡Adios, hija mia! la dijo Julia con cariñoso acento, besando su hermosa frente.

—¡Adios, Julia! contestó Matilde estrechándola contra su corazón.

Á las pocas horas, Julia me habia mandado llamar: era la segunda vez, desde mi llegada á Sevilla, que ponía la planta en la casa de mi hermana Elena. Entré turbado, sin poder apenas respirar. Yo la amaba y la temía á la vez. Ella me amaba, pero en su interior despreciaba sin duda mis flaquezas. En su presencia me tenía á mí mismo en tan poco, que me hubiera cambiado por un criado cualquiera para mirarla con respeto, pero sin temor. Hay situaciones que se sienten y no se saben expresar. Ante todos me consideraba un gigante, y ante ella la mas miserable de las criaturas. El tenerse en mucho hace insolente al hombre; pero el tenerse en poco le hace ridículo é imbécil. La altanería hace desbordarse el talento; pero la demasiada humildad le agobia y le empequeñece; el descaro es sinónimo de triunfo; la cortedad es hermana de la esclavitud. El hombre que ama con audacia, vence sin dificultad; para los pobres de espíritu, todas las mujeres son murallas insuperables.

Yo, que habia sido arrojado, valiente, atrevido como ninguno, ante aquella mujer era un cobarde idiota, que temblaba, me estremecía, y apenas sabia articular una sílaba. Casi sentia un terror pánico. Hubiera deseado huir al último rincón de la tierra, y allí escondido, donde no pudiese verme, pensar en ella, y adorarla, y morir pronunciando su nombre. Si me hubiesen preguntado el por qué de estos extraños sentimientos, solo hubiera respondido que la amaba tanto como la temía. Que era mi infierno y mi gloria á la vez. Mi salvacion y mi ruina. Mi bien y mi fatalidad. Mi vida y mi muerte. Parecia que estaba delante de un tribunal severo por haber cometido un gran crimen, y que todos los jueces miraban, llenos de feroz encono, el color lívido de mis mejillas para leer en ellas el delito; pero al mismo tiempo mi corazón se enternecía, y un grito de: «¡Yo la amo!» me clavaba en el pavimento y me hacia caer de rodillas á gran distancia de ella, por parecerme una profanacion el acercarme á aquel ídolo singular.

Ella estaba vestida de negro, y solo se podia distinguir que no vestía de luto por el cuello y los puños de blanco holan que rodeaban su alabastrina garganta y sus manos hermosas y pálidas. Tenía toda la actitud de una reina ofendida. No se podia dar figura mas aristocrática é importante. Yo inclinaba la cabeza, y ella alzaba su noble frente y sus

rasgados ojos con orgullo, como diciéndome: ¡Desafío las calumnias y las humillantes vejaciones que he recibido! La inocencia no tiene por qué ruborizarse! Mi corazón ha padecido, pero mi dignidad se alza más airada y superior que nunca. La virtud se levanta y sacude su eterna modestia cuando la tiranía y la maldad quieren oprimirla. No hay humillaciones posibles para la nobleza y la honradez. Yo soy la rectitud y el honor, y mis enemigos son unos miserables. Compadezco su miseria tanto como su odio. Y á ti te miro con dolor y te perdono, porque fuiste mi primero y último amor, y porque eres desgraciado.

Todo esto leí, á una tímida y rápida ojeada, en el semblante de Julia.

—¡Alzad!... me dijo al verme caer de rodillas. ¡Alzad y escuchadme!

—¡Es que!... no pude continuar.

—Creo, caballero, que vos nada teneis que decirme. ¡Yo soy la que os he llamado!...

—¡Julia!

—Julia ha muerto. ¡Olvidad ese nombre! El retenerle en vuestra memoria es una mancha sobre mi frente.

—¡Mas!...

—¡No os he dicho que nada teneis que decirme? replicó imperiosamente, volviendo la cabeza para evitar que nuestros ojos se encontrasen.

—Entonces incliné la mía sobre el pecho, y me dispuse á oirla como un reo. Ella empezó á organizar unos papeles, y como se detuviese más que imaginaba, volvió la vista, y reparando que estaba de pie me dijo con seriedad, pero con la más esquisita finura:

—¡Sentaos!

Yo me senté maquinalmente, con la turbación del pobre seminarista á quien presentan por primera vez en sociedad.

Apenas me atreví á levantar los ojos del suelo; pero viendo que se distraía en el arreglo de varios libros y documentos, y que no parecía reparar en nada, pude mirarla de perfil y notar como nunca la grandeza de sus perfecciones. Su gravedad era encantadora. Tenía su entrecejo una marca de melancolía, que se notaba en una ligera raya que dividía sus dos arqueadas cejas. Su jubón de merino negro señalaba sus acabadas formas, que á cada movimiento parecían más perfectas y más morbidas. Siempre me había parecido hermosa; pero creí que hasta entonces había sido ciego, y que ahora recobraba la vista para admirar lo que jamás habían contemplado mis ojos ni había soñado mi mente. ¡Y pudo ser mía, y la perdí!... dije con furor desgarrando mi pecho con

la presión de mis dedos que querían sacar mi corazón despedazado... ¡Y entre tantas virtudes me incliné al vicio! exclamé mordiendo mis labios con desesperación. ¡Y llevé al altar una mujer malvada, cuando el destino me había presentado un ángel! ¡Entonces perdí la vista y golpeé mis sienes con furor! Julia estaba tan embebida, que pareció no apercebirse de nada. Entonces incliné mi frente sobre mis manos para sujetar las arterias de las sienes, que, como cuerdas tirantes heridas por un arco, empezaban á dar terribles vibraciones. ¡Sufría, sí! ¡sufría mucho! Era un mal que me embargaba el sentido sin quitarme el conocimiento. De repente alcé los ojos y vi, como un punto óptico en la pared, la imagen de Julia rodeada de un círculo dorado y brillante. Creí que era una nube singular que cruzaba por mis pupilas. Estreché las órbitas de mis ojos con fuerza creyendo que soñaba; pero volví á mirar, y era ella: ella en un precioso retrato, hecho acaso por sus mismos pinceles. Por primera vez en mi vida sentí deseos de robar. Yo hubiera pedido, pero me hubieran negado. Habría derramado llanto para suplicar, y hubiera encontrado una sonrisa de lástima ó desden. Y la idea seguía fija en mi cerebro, y sentía un dolor agudo que oscurecía mi razón. ¡Lo conocería Julia! ¡Había adivinado mi pensamiento! ¡Imposible! Yo la vi desaparecer, pasar á otra habitación de repente y dejarme solo en aquella estancia sin decirme el por qué de su ausencia, ni mirarme siquiera al pasar. Sentí el roce de sus vestidos, y un frío y un temblor extraño circuló por mi cuerpo. Parecía que hasta en mis tuétanos se infiltraba la glacial indiferencia de aquella mujer. ¡Por qué se había ido? ¡Por qué me dejaba solo? ¡Por qué me lanzaba siempre en brazos de la fatalidad? Me levanté como un loco, me lancé contra la pared donde veía la imagen: llevé mis dos manos á la vez para arrancarla, creyendo que alguno venía á arrebatármela. ¡El robo se consumó!... Cuando volvió Julia, yo escondía febrilmente el retrato entre el pecho y la sonrisa para que oyese los latidos de mi corazón. Ella volvió á pasar á mi lado, y aun me pareció que había conocido mi delito, que había clavado la vista en el sitio de donde había sido arrancado el retrato, y luego la había dirigido á mí severa y altiva. Pero como yo lo veía todo emborronado, como si tuviese delante de los ojos varios dobleces de gasa, no pude cerciorarme de la verdad. Perdí el sentido unos momentos, y me afirmé en la silla para no caer. No sé lo que me daría aquel delirio.

XXIII.

La última lágrima.

Cuando abrí los ojos, rodaba por mis mejillas una lágrima. Miré á Julia: ¡extraña coincidencia! ella tambien tenia suspendida otra en sus rizados párpados, pero no me miraba, no parecia haberse apercebido de lo que yo sufría... De repente se volvió hacia mí, y señalándome los papeles esparcidos sobre la mesa, me dijo: "Entregaos de todo eso, caballero. Voy á partir, y es necesario que os encargueis de lo que hasta aquí he desempeñado yo. ¡Acercaos! ¡mirad!" Yo me levanté aturdido, vacilante, me acerqué á la mesa, y empecé á revisar los papeles que ella me iba designando. Al estender mi mano para coger un libro, sentí sobre ella una gota de fuego. Era la lágrima de Julia, que estaba inclinada abriendo una pequeña carpeta. ¡Ella! ¡ella lloraba! Su semblante altivo era una careta. Su indiferencia una mentira. ¡Lloraba!... aun tenia corazon, lo habia tenido siempre; pues, como dice Lamartine: "El que no siente ya, no ha sentido nunca." ¡Tenia corazon!... ¡Oh qué felicidad! ¡Creí volverme loco de placer! ¡Mi egoismo gozaba! ¡Sí, gozaba porque la veia llorar, porque sufría como yo! Mil y mil veces llevé á mis labios mi mano para estamparlos en el sitio donde habia caído aquella quemante lágrima. ¡Lo crearás! Tuve intento de cortarla, porque no se borrara jamás, la huella de aquel precioso llanto. ¡Si yo hubiese podido encerrar en una caja aquella lágrima y me hubiesen ofrecido por ella todas las mujeres hermosas del universo, y todas las riquezas, y todas las coronas, y todos los mantos imperiales, hubiera hecho matar al que me propusiera tan horrible sacrilegio. ¡Hay oro, por ventura, en el mundo que pague una lágrima sola de la mujer querida? ¡Cuánto no queria decir aquella gota cristalina, acerba como la falta de esperanza, amarga como una noticia de muerte, y abrasadora como una pasión comprimida!... ¡Qué me importaba ya la frente altiva de aquella mujer, su mirada severa, su ademán frío y su silencio glacial?... Pues qué, ¿una lágrima quemante como una gota de cera, como el plomo derretido, como el aceite hirviendo, qué queria decir? Que dentro de aquella estatua de mármol habia una hoguera que el deber mataba. Que aquel liquido del corazon subia á los ojos, por mas que la voluntad quisiera ahogarle, y que aquella lágrima era un poema de desesperacion. Nada mas nos dijimos. Se hubiera desvirtuado nuestro amor con la palabra. Quédense para corazones vulgares esos términos gastados, esa

melodía popular, que se escucha lo mismo en la choza que en el palacio... esa continua muerte del amor que se comunica bajo las frases de: "¡Te amo! ¡Te adoro! ¡Te idolatro!..." ¡Qué puede valer lo que todos dicen? ¡Quién ha podido atreverse á marcar por medio de frases las escelencias del espíritu? Eso seria querer robar el aliento sagrado de Dios para encarcelarlo entre cuatro letras inventadas por los hombres. Ella se alejó, dejándome como hechizado. Su dedo índice, blanco como una hoja de azucena, me señaló una carta que habia sobre la carpeta. Ni me atreví á tomarla, ni á moverme de aquel sitio: me quedé fijo mirando la puerta por donde ella habia desaparecido, como se queda la affigida madre que ve sacar de su alcoba el hijo que acaba de morir en la cuna. Ya no habia esperanza. ¡No volveria á verla!... ¡Aquella lágrima habia sido el último consuelo de mi corazon! Sacudí la cabeza, porque parecia que mis sienes saltaban de dolor. Llevé atras mis cabellos, porque creia que ellos eran los que cegaban mis ojos. Deberia parecer un loco en aquella actitud. La carta que me habia indicado me llamó al fin la atencion. ¡Era letra suya! ¡La abrí! Contenia mucha lectura, pero yo apenas podia leerla. El mal que cada dia me quita un rayo de luz, empezó en aquellos instantes á oscurecer mis pupilas; sin embargo, leí con avidez. Todas eran instrucciones acerca de lo que debia hacer para salvar el honor de mi cuñado y la tranquilidad de mi hermana.

¡No he visto mas discrecion y energía á la vez, mas talento y aplomo para marcar y dirigir los hechos!... Allí me indicaba todos los fondos que podian reunirse, y entre ellos me señalaba unos billetes de Banco, de los cuales no me daba mas explicacion que decir: "Son de Elena, y pueden servir para salvar el honor de su marido." Era una gran cantidad. ¿De dónde la tenia mi hermana? Una sospecha cruzó por mi mente, que despues he visto convertida en realidad por una carta que casualmente vino á mis manos abierta, y que la traia un rico comerciante de Sevilla, á quien el administrador de Julia habia escrito. ¡Todo, todo lo habia sacrificado por mi familia! ¡Aquella mujer heroica habia partido á Portugal, segun luego llegué á saber, porque ni las gracias si quiera pudiéramos darle de su generoso sacrificio!...

En la carta que me dejó escrita, me hablaba de tí, Guzman, y del amor de Matilde. Me encomendaba la felicidad de ambos, y me contaba la escena que habia tenido con aquella niña encantadora.

"¡Bien sabeis, Arturo, decia, que la felicidad perdida no vuelve á hallarse jamás! Aconsejad, por lo tanto, á vuestro amigo para que sea dichoso. Hay almas partidas en dos, que mueren de agonía si no

llegan á encontrarse y unirse, para subir alegres y gozosas hasta Dios. ¡Vos lo sabeis!...

—¡Esta era la única frase que se refería á nosotros! ¡No habia ni un párrafo para mí!... y... ¿qué importaba eso? ¡No habia en mi mano una lágrima, y en mi pecho un retrato de ella! Desde que la vi llorar, ya no me pareció un robo el guardar su imagen hechicera. La voluntad de las mujeres concede muchas cosas que sus labios niegan siempre. Si yo le hubiera dicho que me habia atrevido á llevar su efígie sobre mi corazon, que la habia robado, porque de otro modo no podia poseerla, se habria encolerizado sin duda, y me hubiera arrebatado aquella prenda querida, diciendo con enojo: «¡Sois un insolente! ¡Un mal caballero!» Pero si hubiera sabido, sin que yo me apercibiese de que ella lo consentia, que daba mil y mil besos sobre los labios purpurinos y los rizados cabellos de aquella hermosa pintura, y que pensaba darla vida con el calor de mi pecho, y que vivia conmigo como el ser de mi ser, como el alma de mi alma, habria gozado á esta idea, y habria buscado en su boca el aliento estampado en el inanimado bosquejo. Las mujeres aman con idolatría, y sueñan todas las felicidades del amor; pero tienen un prodigioso disimulo para hacer creer que son invulnerables. ¡Ay de aquella que no sepa fingir! Así lo quieren los hombres; así lo imponen las mismas mujeres.

—¡Tú siempre lo mismo, Arturo! ¡Defendiendo la mujer tan sabia como poéticamente!

—¡Si no las defienden los hombres!... Si los mismos que las hacen desgraciadas las condenan después, ¿qué harán esas infelices con nuestros caprichos y tiranía? ¡Me prometes hacerla feliz!...

—¿Á quién?

—¿Á Matilde! ¡Fue el último encargo de ella!

—¡Te lo prometo! Pero júrame á la vez que hoy, en que la casualidad ó el destino han hecho que tú seas libre, buscarás por el mundo á Julia y te arrastrarás á sus pies, y morirás, si es preciso, hasta que te conceda el bien de labrar su dicha.

—¡Imposible!

—¿Qué dices?

—¡Tú no la conoces! Ella no se unirá jamás al hombre que una vez se desvió de su camino.

—Ella tiene corazon: ¡tú lo has dicho!

—¡No me des locas esperanzas!...

—¡Piensa en ello!

—Es mi delirio continuo desde que esa negra gasa cubre mi sombrero.

—Pues bien; ten valor.

—Adios, Guzman; hasta mañana.

—Adios, hermano mio!

XXIV.

Una española en Lisboa.

Todos los que hayan visitado á Lisboa habrán oido hablar, si no los han visto, de sus palacios reales, desde el que habitan los Reyes casi siempre, llamado *Palacio de las Necesidades* (nombre extraño, por cierto, donde todo debe ser lujo y grandeza), hasta el de la quinta de *Belen*, el de *Bemposta*, el de *Ajuda*, el de *Caxias*, el de *Queluz* y el de *Alfeite*. Esto es sin contar los de la grandeza, que son muchos: entre ellos el de nuestro buen patricio Salamanca, que es digna estancia de un Rey, por su bella arquitectura y su elegancia y su lujo. No teniendo nada que envidiar al del vizconde Bameira, al del conde de Farrobó, ni á los de los marqueses de Lavradio, Abrantes, Pombal, Palmella y Borba, que todos ellos han procurado añadir una joya á las infinitas preciosidades de la encantadora Lisboa, de esa ciudad majestuosa que baña orgulloso el Tajo, y donde el alma respira grandeza y elevacion á la vez.

El viajero se detiene estasiado en sus bellísimos paseos de la *Estrella*, de *San Pedro de Alcántara*, el de *Quintella*, el *Público*, y tantos otros campos y plazas dignas de admiracion por su elegante forma y sus encantadores recreos.

La antigua capital de Lusitania, esa ciudad de recuerdos imperecederos, es hoy una de las bellezas del mundo dignas de visitarse con preferencia.

Imposible parece que una ciudad casi destruida por el horrible terremoto del 1.º de noviembre de 1755, en el cual perecieron cerca de 40,000 criaturas, y cayeron por tierra casi todos los edificios, se haya reedificado de una manera tan veloz como sorprendente. ¡Bien se conoce que el hombre del siglo XIX es un hombre formado de vapor!

Entre los forasteros que habian ido allí á pasar la Semana Santa el año 1860, se encontraban tambien algunas personas de otras naciones, deseosas de admirar, en esta época de gala y luto á la vez para la Iglesia cristiana, los edificios religiosos mas notables y alhajados de aquella ciudad.

Hermosa, sorprendente, magnífica estaba *Santa María Mayor* con su arquitectura gótica, su multitud de luces y sus galas riquísimas, aunque fúnebres, por la cercana muerte del Redentor.

Una hermosa española, acompañada solo de un criado que la seguia á poca distancia, entró en el

templo, despues de haber visitado ya el de la Estrella, el de Jesus, el de Belen, y casi todos los de la ciudad, que son dignos de admirarlos con detenimiento.

Ella sabia muy bien que aquel donde está significado el tesoro patriarcal debia ser el mejor alhajo y el que mas semejanza tuviese con una decoracion de arrobamiento y gloria. La española, religiosa en extremo, como hija de un pais donde se mece la cuna al compás de las oraciones, cruzó el umbral de aquel hermoso edificio católico, con la cabeza inclinada hácia el suelo y el velo cubriendo el semblante, que se veia á través de aquella negra nube, como un busto de mármol coronado de rizos de seda. Por su airosa estatura, su andar elegante y sus movimientos distinguidos, se conocia que aquella mujer pertenecia á las primeras casas españolas, siendo de notar que no llevase otra escolta ni compañía que un sirviente sin librea, ni nada que indicase la heráldica de una casa ilustre de su pais. La desconocida vestia un rico traje negro de terciopelo cortado sobre raso grueso, formando elegantes relieves en el bajo de la falda. Una manteleta de lo mismo con una ancha blonda descendia desde la espalda, y un velo mosqueado cubria su rostro y su cabeza, no sin ser lo suficiente claro, á pesar de su salpique espeso, para que los enamorados portugueses fijasen apasionadas miradas en una de esas reinas de Andalucía que con tanto entusiasmo saben admirar, no sin renegar de los felices *castesaos* que poseen joyas de tanto valor.

Sus cariñosas, dulces y finísimas mujeres nunca les parecen tan lindas como esos tipos del Mediodía, tan pronto suaves y risueños como altaneros y desdenosos.

Esas mujeres, que rien con la misma facilidad que lloran, que bailan con primor y rezan devotamente, que adoran á Dios con entusiasmo y á su amante con ternura, que reciben y dan celos por aumentar el cariño, que tienen en una hora distintas fisonomías, que poseen un alma poética y enérgica á la vez, y rien y hablan con despejo, sin permitir, sin embargo, que se las falte jamás, son para los portugueses, y quizás para los hombres de todos los paises, una especie de hadas hechiceras, capaces de hacer danzar por los aires un hombre del volúmen de una caldera de vapor. No es extraño, pues, que todos los ojos se fijasen en la extranjera, y que alguno la siguiese con disimulo, á pesar de la solemnidad del dia; pero la española no se fijaba en nadie, y solo de vez en cuando miraba el devocionario que estrechaba entre sus manos.

La señora se arrodilló, y permaneció como una

estatua algunos minutos; despues sacó del bolsillo un bordado pañuelo blanco, y si no nos equivocamos, lo llevó á los ojos por bajo del velo varias veces.

¡Tan hermosa y llorando! ¡Tan rica al parecer, y desgraciada! ¡Triste destino de la vida, que no respeta la hermosura, ni deja libre al talento, ni perdona la juventud, ni se compadece de la vejez!

La española rezaba, y ahogados suspiros salian de lo íntimo de su corazon. El criado, arrodillado á alguna distancia, aguardaba impaciente á su señora; pero ella no parecia querer moverse de aquel sitio. Muchas gentes entraban y salian con un silencio profundo, con un respeto sagrado; pero todos se detenian poco, escepto la extranjera.

Esta estuvo de rodillas tanto tiempo, que parecia clavada en el suelo, y se dudaba que cuando quisiera andar pudiese hacerlo sin ayuda de alguno que la levantase; pero cuando terminó sus oraciones se puso de pie con ligereza, como si acabase de dejar una butaca ó los descansados almohadones de un divan.

Buscó con la vista á su criado, y llegándose á él, que se incorporó con respeto, le dijo baja y suavemente:

—Andrés, ¡vamos!

Y echaron á andar, costándoles no poco trabajo poder cruzar por entre los que entraban ó salian como ellos. No era la primera vez que la extranjera se presentaba en Lisboa. Ya habian tenido proporcion de admirarla en otras ocasiones; pero siempre vestida de negro, siempre con un velo cubriendo el rostro, y sin mas compañía que aquel criado.

Habia visitado lo mas notable de la ciudad, sobre todo los edificios donde se conservaban buenas pinturas. Se habia detenido con especial atencion en el no concluido palacio *d' Ajuda*, que es todo de mármol, y que se debe en un principio á D. José I, y despues del incendio que lo devoró á D. Juan VI, que fue el que lo volvió á edificar; y aunque solo parte de él está concluido, es digno de admiracion por sus suntuosas galerías y su trabajo artístico.

La española recorrió su vestibulo portentoso, y allí vió con detenimiento, con admiracion, con entusiasmo, las estatuas prodigiosas hechas por Faustino José Rodriguez, Machado de Castro, de Aguiar, de Barros y otros, que estos prodigiosos escultores han colocado allí para gloria de su nombre y encanto de la posteridad; pero donde la extranjera se detuvo estasiada fue en los cuadros históricos pintados al fresco, y en las estensas paredes al óleo, obras maravillosas de Ciryllo, Taborda, Sequeira y Machado. Allí se quedó estática, sin movimiento, estudiando los menores detalles, como el que poseyendo un arte desea aprender una nueva escuela.

Desde aquel día se vendieron en Lisboa, y aun en algunas de sus villas mas notables, unos lindísimos cuadros de un autor anónimo, que llamaron extraordinariamente la atención á los inteligentes y que pagaban á buen precio.

La mayor parte de ellos eran paisajes tomados desde el convento da Serra de Cintra, próximo al Cabo de Roca: en aquel delicioso panorama, en aquel brillante espectáculo de la naturaleza, se conocia que el pintor habia pasado dias enteros para trasladar al lienzo con sus pinceles todas las maravillas de la tierra y todas las grandiosidades del poderoso Océano.

Pero ¡qué alma verdaderamente artística no atravesara gustosa los desiguales y peligrosos caminos, llenos de tortuosidades y escollos, que hay que pasar para llegar á esa sierra renombrada, donde experimenta el viajero un goce singular, un asombro pasmoso?

Tambien se conocia que frecuentaba *A Pedra d'Alvidrar*, pendiente como una escala sobre aquel poderoso gigante que bate sus olas con furor. El alma de aquel artista debia ser sublime, grandiosa, cuando no temia los peligros y desafiaba los mayores obstáculos para hacer tan acabados portentos, tan singulares obras. Tambien habia entre sus cuadros vistas de España y copias de sus mas notables monumentos. Se conocia que aquellos paisajes habian sido bosquejados con suavidad, con amor, con dulzura; pues hasta los colores de las tintas eran de una delicadeza encantadora.

Todos deseaban saber quién era aquel portento; qué manos eran las que arrancaban su color á los cielos, sus espumas al mar, sus aguas al rio y su aspereza á la roca para estamparlo en sus lienzos, y que el alma se quedara en un éxtasis al contemplar tantas maravillas; pero nadie, nadie habia podido averiguar dónde existia ese tesoro. Si hubiesen podido penetrar en una quinta no lejos de Lisboa, en los alrededores de la pintoresca Cintra, que tanto entusiasmaba á lord Byron, hubieran encontrado allí ese portento del arte, ese ser que vivia retirado como un lirio entre dos rocas, sin salir de su florida morada sino para recorrer las cercanías y admirar los sorprendentes y melancólicos panoramas de aquellos sitios hechiceros, donde tan pronto se encuentran multitud de arbolados y casas de recreo, como grandes peñascos formando escaleras, por la posición y pendiente que forman, descansando unos sobre otros como niños que juegan haciendo pirámides.

No podia haber elegido el pintor sitio mas agradablemente poético ni mas digno de estar habitado por hadas ó por genios que tendiesen su vuelo sobre

el Cabo de la Roca, desde donde descubre la vista lo que no puede soñar la imaginación.

Sin duda la quinta donde vivia este artista misterioso era un castillo inespugnable, cerrado á todo el mundo, escepto á un ser ideal, á una sombra misteriosa, á un ángel de la noche que rodeado de negras gasas recorría aquellos contornos, procurando alejarse de las quintas y aproximarse á las aguas, á la arboleda y á los peñascos.

Mas de una vez se subia á estos peligrosos sitios y recorría sus cordilleras con la agilidad de un gamo, sepultándose tan pronto en una temible grieta como asomando luego sobre un colosal peñon, donde permanecia de pie, á manera de una estatua de bronce. Aquel ser misterioso habia llamado mas de una vez la atención á los naturales del pais, y aun habia algunos que habian tomado miedo de pasar por donde acostumbraban á ver, aunque siempre en alturas, aquel singular personaje, tan misterioso como raro.

El vulgo temia; pero los señores que habitaban aquellos contornos en ciertas épocas del año, y los señores marqueses de Vianna y otros nobles que tienen posesiones en aquellos encantadores sitios, ya sabian que era una mujer, una extranjera, la que allí vivia; pero, como personas sensatas y de una educación distinguida, no trataban de penetrar secretos de una dama, ni se aproximaban nunca á la que se conocia no tenia deseos de ver ni ser vista de nadie. Aquel retiro, sin embargo, era muy agradable, pues la extranjera tenia muchos libros, un piano y un taller de pintura.

Quien vive con las bellas artes no há menester otros recreos, y quien anda á todas horas con escogidos autores no necesita mas amigos. En aquella casa no parecia haber sirvientes; solo un criado de confianza y un jardinero asomaban á la puerta del jardin alguna vez, ó á las bonitas y labradas verjas donde tenia la señora su pabellon.

Así trascurrió la vida de esta mujer mucho tiempo. Por las mañanas cogia flores tan temprano, que aun llevaban á los búcaros el rocío del alba; despues cogia sus pinceles y pintaba sin descanso hasta las horas del medio día, que pasaba al comedor para tomar una parca comida; en las siestas se retiraba á una gruta y escribía en un libro de memorias; lo restante de la tarde leía, y por las noches hacia poner dos bujías sobre el piano, y cantaba lindísimas melodías, tomadas de motivos melancólicos y apasionados.

Allí habia partituras de Mozart, Weber, Stradella, Beethoven, Pergolesi, Rossini, Verdi, Meyerbeer, Bellini, Schubert y cuantos grandes compositores

han sabido robar sus armonías á las aves y su riqueza al sentimiento.

Allí estudiaba la extranjera las notas mas tristes, las mas fantásticas, las mas apasionadas, para formar el gusto de sus composiciones; porque esta mujer singular escribía admirables romanzas y escogidísimas piezas de música, que un conocedor sagaz hubiera confundido con la de los mejores autores.

Ahora estudiaba un lindísimo romance de Víctor Hugo titulado *Impaciencia*, letra que habia traducido del francés, y á la cual habia puesto una melancólica á la vez que ligera música, de un estilo bañado de sentimiento, de vaguedad, de deseo, de inquietud, y hasta de desesperacion y duda. Cuando cantaba este romance, gruesas lágrimas descendían de sus blancas mejillas, y ardientes suspiros se arrancaban de lo íntimo de su corazón. Al finalizarle, sus dedos se quedaban paralizados, y volvía la cabeza con languidez hacia la puerta del pabellon, como si esperase á alguno. Los ecos del piano se debilitaban, y la hermosa inclinaba sobre el seno su cabeza desmayada, como la pobre azucena quebrantada por el huracan. Pero despues volvía á repetirle, como si en aquella letra y aquella música se encerrase su vida. El romance decía así:

"Sube tú, ligera ardilla,
sube á ese elevado fresno,
sube á la rama flexible
que próxima está del cielo.

.....
"Cigüeña, sube á las torres
cuya frente inclina el tiempo:
vuela, vuela, vuela rápida
de la ciudadela al templo.

.....
"Águila, abandona tu aérea
y tiende atrevida el vuelo
al monte, cuya cabeza
encanece el frío invierno.

—
"Y tú, á quien jamás la aurora
halló en el nido en silencio,
sube al cielo, viva alondra,
viva alondra, sube al cielo.

—
"Y ahora decid desde el árbol,
desde el castillo soberbio,
desde la cima del monte,
desde el alto firmamento:
¿No ves en el horizonte,
entre la bruma, á lo lejos,
flotar una pluma blanca,
correr un caballo negro,

y volver lleno de amor
aquel á quien tanto quiero?"

Parecía este final en los labios de aquella mujer el último gemido de la esperanza, la postrera vibración de quien ya ni se atreve á esperar ni abandonar del todo una ilusión querida. Era la voz dolorida y suave de quien ha aguardado mucho tiempo y vierte una última lágrima desalentada y sombría. Todas las noches juraba no invocar una memoria funesta, y siempre volvía á llamar con empeño al que no volvería jamás, al que ignoraba hasta su retiro, y su existencia acaso también. ¡Cinco años de separación! ¡Cinco años de una despedida severa y fría! ¡Cinco años de vivir oculta para que nadie pudiera decir: "¡Allí vive! ¡Allí está! ¡Ella te ama! ¡Búscala! ¡Ella te espera! ¡Ve!"

¡Cinco años de componer música, hacer traducciones y pintar cuadros para ganar la subsistencia, ella otro tiempo tan rica y tan hermosa! ¡Ella... la flor mas bella de la hermosa España, mendigando un pedazo de pan en el extranjero! Y gracias que aquella quinta era suya, que la habia podido comprar con sus restos de grandeza, con sus alhajas y la venta de dos cuadros magníficos que no pudo vender en su país. ¡Todo, todo su caudal habia sido sacrificado en aras de una amistad verdadera! Jamás le habia pesado esta acción, ni queria que nadie adivinase su paradero, para que nunca pudiesen recompensársela. "¡No sepan mas de mí, se decía! Muero en este retiro solitario, sola como mi pobre alma, llorosa como un angustiado corazón!" Cada día le fue mas necesaria la música para poetizar mas y mas una existencia negativa, que la hubiera hecho sucumbir mil veces á no ser por los recursos del arte. El que sabe pintar, hacer versos ó cantar, jamás se encuentra solo: tiene una compañía, un amor que desconocen los otros. Cada una de sus composiciones es un objeto caro de su alma, que por nada del mundo cambiaría. ¡Ofrecedle á un poeta oro, mucho oro, por que renuncie á escribir los delirios de su fantasía y vaya á vivir á un palacio en lugar de la triste buhardilla que ocupa, y le vereis sonreír con desden y despreciar vuestro oro! Porque su vida está en sus ensueños, en sus pensamientos sublimes, en su imaginación elevada. Decidle á un pintor que borre ó rompa el lienzo donde ha estampado una de sus bellísimas concepciones, y le vereis miraros con furor, aunque le ofrezcais por ello la riqueza de que ha carecido siempre y una diadema imperial para halagar su orgullo. ¡Él de nada necesita! ¡Él es bastante feliz con mirar su hermosa obra! Decidle á un músico que renuncie á sus armonías, que rompa el instrumento que roba su voz á las aves, sus lindísimos

ecos á las auras y sus ruidos mas suaves á la naturaleza, y vereis cómo os hace sonrojar su mirada terrible de reconvencion amarga. Pues qué, ¿puede pagarse con oro, puede comprarse con vana grandeza, con títulos ni con bienes, un don del cielo, un beneficio del Hacedor que concede á sus mas privilegiadas criaturas? Los que teneis oro os reis de la pobreza del artista, de su romanticismo y su miseria. Él goza en su escasez de bienes mundanos, porque siente en su ser la inefable delicia de los divinos. Á él le basta con un pedazo de pan cada dia y una limosna que dar á alguno que sea mas pobre que él, ó mas desgraciado. Porque no puede concebirse á un artista ó un poeta sin amor á sus semejantes, y nobleza, y desinterés, y generosidad. Si habeis encontrado alguno en vuestro camino sin alguna de estas dotes supremas, decid que ha copiado el arte por medio de una careta; que se ha disfrazado; que ha robado imágenes y ha hecho lo que la mujer sin pudor, sin honra ejecuta el Carnaval; disfrazarse de sacerdotisa para que siquiera una noche no la desprecien y la crean buena y pura, y murmuren á su oido palabras de castidad en lugar de las de vilipendio y cinismo que escucha de continuo, por mas que alguna vez llore lágrimas de fuego por su dignidad perdida.

Poseer cualquiera de las divinas artes, es carecer de goces inmundos de materialismo, es huir de la sociedad para buscar en la florida naturaleza el descanso y la paz que niega el mundo. Ningun alma verdaderamente grande gusta del bullicio y de los placeres: solo se recrea y goza contemplando meditabunda el horizonte que descubre á lo lejos; la tranquila luna que refleja en el lago, ó la sencilla flor que creció bajo su ventana.

Esos goces que los seres metalizados consideran pueriles, es la grandeza de Dios que se revela en la corola perfumada de la violeta sencilla que crece en las praderas, ó en la solitaria amapola que levanta su encarnada cabeza en las grietas de las ruinas ó en las almenas mas elevadas. Para los seres sublimes, lo mas pequeño, lo mas desapercibido tiene su origen providencial. Hemos visto algunos hombres sabios pasar flores enteras contando las pequeñas hojas de las florecillas silvestres, y pasmándose de su variedad de formas y colores.

Mientras, acaso, pasaban por aquellos ribazos almas estúpidas que ni siquiera reparaban en aquellas guirnalda frondosas, nacidas entre guijarros. Entonces hemos comparado las preciosas florecillas entre el inculto terreno, con las almas sensibles y amantes que nacen entre seres sin corazon ni creencias.

Julia, á quien habrán reconocido ya nuestros lectores, sufría las amarguras que la habia hecho beber el mundo; pero gozaba el placer de la soledad y el arte. Ella, á quien el cielo le habia negado el amor de esposa, el de hija, el de madre, y huérfana y sola habia recorrido ese mundo dispuesto siempre á herir y nunca á premiar, habia recibido en cambio una inteligencia superior y un alma artística, así como el ciego ve aumentarse la claridad de sus otros sentidos conforme va perdiendo el de la vista.

Prodigio singular, que haria tener muchas horas de estudio á un ateo, pero que el cristiano reasume en estas palabras: ¡Milagros del Supremo! ¡Grandezas de Dios! ¡Era desgraciada Julia? ¡Quién no lo será en el mundo! Eso seria querer que un extranjero viviese bien en otro pais y no se acordase del cielo de su patria, del rio de su aldea y de la casa donde vivió con sus padres. El alma recuerda siempre su origen: sabe que descendió de una morada bella para venir á cruzar por un campo de eriales, y es imposible que no sienta los horrores de esa penosa travesía, y no anhele volver á las prometidas mansiones de felicidad.

(Se concluirá.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda de los paños y muletones azules ó encarnados no se ciñe exclusivamente á los trajes de interior, sino que se estiende á las vestimentas de calle. Hemos visto últimamente preciosos paletots de paño encarnado enteramente guarnecidos de galones negros, colocados horizontalmente uno sobre otro, de un modo que produce montantes con una perla negra en cada punta; otros adornados de pasamanerías caladas, y otros guarnecidos todavía con franja Thibet.

Los galones anchos de cachemir están destinados á guarnecer los mas bellos tejidos, segun podemos ver en el siguiente modelo. Era de *point-de-soie* color cuero, todo adornado con dichos galones, que á primera vista producian un extraño efecto, pero cuya elegancia era incontestable. En el bajo de la falda y sobre un encañonado llevaba uno; despues descendia progresivamente por cada lado una segunda

falda corta por delante, que venia á reunirse por detras con el bajo de la primera. El cuerpo, alto por detras, era completamente abierto por delante hasta la cintura, desde donde partia por cada lado una especie de cabo formando un largo cuadrado, sobre el que se dibujaba el bolsillo. Otros dos cabos figuraban por delante las caidas de un largo cinturón casi hasta el borde del traje. Mangas de codo sin vueltas ni *jockeys*, último género, pues cuanto mas se alargan las faldas mas se recogen las mangas.

En pos de esta algo escéntrica descripción, citaremos otra de un género enteramente opuesto, en terciopelo de Argel negro, con una cola sumamente pronunciada. Lleva en el bajo una serie de cruces compuestas de barbas de encaje negro, de doce centímetros de largas, y colocadas sobre trasparente blanco. El cuerpo es vesta rusa, de tela igual, rodeada de encaje; largo cinturón á cabos descendentes por detras, igualmente ornados de encaje, y debajo de la vesta camisa rusa de muselina blanca, guarnecida con entredoses de encaje negro.

Las vestas rusas están en favor, así para trajes sencillos como para los mas elegantes, con la diferencia de que en los unos van muy adornadas y en los otros muy poco, siendo, sobre todo, en ambos la camiseta la parte decisiva, pues para trajes de vestir es de tul blanca guarnecida de valonas de blanca ó de puntillas, por las que se pasa un terciopelito del color del vestido. Otras veces son completamente de punto de Inglaterra, y otras mezcladas de encaje negro, todo ello de inusitado lujo.

Al contrario; en los trajes sencillos es menester la camiseta rusa en cachemir, adornada de galon idem; y para *semi-toilette* el *foulard pungeé* obtiene la preferencia.

Diremos algo, en conclusion, sobre los sombreros. Van siempre en disminucion, no siendo absolutamente sino *fauchons*, y todo el adorno, plumas ó flores superando la nuca, cuyo volumen, en rebancha, engruesa progresivamente, formando muchas veces con los bucles y los rizados unas cabezas tan voluminosas, que se hallan en desproporcion con los sombreritos que vamos á citar.

Uno de raso color de salmon con una perla en cada hueco; un *fauchon* de blanca blanca forma el

fondo. Hebilla perlada y lazo de blanca. Otro de terciopelo punzó bordado de abalorio negro; ramillete de plumas negras sobre el lado izquierdo; capucha de encaje descendiendo sobre la nuca, y lazo de terciopelo punzó en el interior.

En fin; un sombrero de raso gris-bruma con fondo pequeño de terciopelo rosa de la India, del que se escapan borlas grises y rosas; mazorcas de plumas grises y rosas sobre la nuca, y un largo lazo descendiendo por detras; una coca rosa y otra gris.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE BAILE.

Primera figura. Vestido de tul con tres faldas; cada falda está guarnecida al borde de un escarolado, sobre el cual va un agreman de terciopelo y oro. Cuerpo drapeado con grupos de rosas y musgo sobre el pecho y los hombros. Flores iguales en los cabellos. Collar y pulseras de coral.

Segunda figura. Vestido de raso azul adornado en el bajo por una tira de armiño, y encima un plegado describiendo festones. Vesta rusa de raso, sin mangas, guarnecida de armiño. Camiseta alta con mangas largas de tul, adornada de encajes. Prendido de terciopelo y *aigrette*.

Tercera figura. Vestido de tul sembrado de margaritas, con trasparente de tafetan color de rosa. En el bajo lleva un bullonado, y encima un cordón de margaritas describiendo ondulaciones. Cuerpo escotado, drapeado con grupos de flores sobre los hombros. Adorno de cabeza de flores y perlas.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Ayuntamiento de Madrid



CONDICIONES

LA VIOLETA.

REVISTA DE LA LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA

LITERARIA, CIENTÍFICA, TEATROS Y MODAS.

PROPIEDAD DE D. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

IMPRESIÓN Y DISTRIBUCIÓN EN MADRID: D. J. GARCÍA DE LAS CASAS, CALLE DE LAS PLAZAS, 10.

En el primer número de esta revista, que se publica en el mes de diciembre de cada año, se inserta un artículo de D. J. García de las Casas, titulado "La Violeta", en el que se trata de la historia y del presente estado de la lingüística en España. El autor, que es un eminente filólogo, expone con claridad y precisión los hechos más importantes de la ciencia lingüística en nuestro país, desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Su trabajo es una obra de gran valor, que no solo sirve para el conocimiento de la historia de la lingüística, sino también para el estudio de la lengua española en su origen y desarrollo. El artículo está escrito en un lenguaje claro y sencillo, que permite a los lectores de todas las edades y condiciones intelectuales comprender los conceptos más difíciles de la lingüística. La revista "La Violeta" es una publicación de gran interés para los estudiosos de la lingüística y de la historia de la lengua española. Su contenido es variado y completo, abarcando todos los aspectos de la ciencia lingüística, desde la fonética y la morfología hasta la sintaxis y la semántica. Además, la revista incluye artículos de actualidad, que tratan de los problemas más recientes de la lingüística, así como de los descubrimientos más importantes en esta ciencia. La "La Violeta" es una publicación que merece ser leída por todos aquellos que se interesan por la historia y el presente de la lengua española.

En el segundo número de esta revista, que se publica en el mes de enero de cada año, se inserta un artículo de D. J. García de las Casas, titulado "La Violeta", en el que se trata de la historia y del presente estado de la lingüística en España. El autor, que es un eminente filólogo, expone con claridad y precisión los hechos más importantes de la ciencia lingüística en nuestro país, desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Su trabajo es una obra de gran valor, que no solo sirve para el conocimiento de la historia de la lingüística, sino también para el estudio de la lengua española en su origen y desarrollo. El artículo está escrito en un lenguaje claro y sencillo, que permite a los lectores de todas las edades y condiciones intelectuales comprender los conceptos más difíciles de la lingüística. La revista "La Violeta" es una publicación de gran interés para los estudiosos de la lingüística y de la historia de la lengua española. Su contenido es variado y completo, abarcando todos los aspectos de la ciencia lingüística, desde la fonética y la morfología hasta la sintaxis y la semántica. Además, la revista incluye artículos de actualidad, que tratan de los problemas más recientes de la lingüística, así como de los descubrimientos más importantes en esta ciencia. La "La Violeta" es una publicación que merece ser leída por todos aquellos que se interesan por la historia y el presente de la lengua española.

LA NATIVIDAD.

La primera de las solemnidades católicas que se celebran en el mes de diciembre es la de la Natividad de Nuestra Señora. Esta fiesta, que se celebra el día 8 de diciembre, es una de las más importantes de nuestro calendario litúrgico. Su origen se remonta a los primeros siglos de la cristianidad, cuando se comenzó a celebrar la fiesta del nacimiento de la Virgen María. Con el tiempo, esta fiesta fue adquiriendo mayor importancia, hasta convertirse en una de las más solemnes de la liturgia católica. En la actualidad, la Natividad de Nuestra Señora se celebra con gran solemnidad en todas las iglesias católicas. Se realizan misas solemnes, cantos y lecturas que recuerdan la vida y la obra de la Virgen María. Además, en muchas localidades se celebran fiestas populares que conmemoran esta importante fecha. La Natividad de Nuestra Señora es una fiesta que merece ser celebrada con toda la solemnidad que merece. Es una oportunidad para recordar la vida y la obra de la Virgen María, y para renovar nuestra fe y nuestra esperanza. Por eso, es importante que todos los católicos celebren esta fiesta con el debido respeto y devoción.